

FERNANDO CAMPOS HARRIET
EL HISTORIADOR DE CONCEPCIÓN.
(“Sin historia, la vida pierde sentido”)

SERGIO CARRASCO DELGADO.
 UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN.

Don Fernando Campos Harriet nació en Concepción el 17 de noviembre de 1910. Fue el cuarto hijo, de seis, del matrimonio formado por el abogado José del Carmen Campos Fuentealba (1872-1947) y doña María Zoraida Harriet Alamos (1878-1974).

Perteneció, por la rama paterna, a una antigua familia del país del Itata, fundada en Chile por Francisco de Campos (1570-1655), encomendero de Purapel, y en la cual las figuras centrales fueron los bisabuelos Miguel José Campos Ceballos (1774-1855) y María de la Trinidad Galván Illescas (1798-1869), ricos propietarios en Quirihue. Por la línea materna descendía del matrimonio constituido por Jean de Harriet y Dominique Abouchennia, señores del ayuntamiento de Cambo, en los Bajos Pirineos franceses, cuyos descendientes -ya en Chile- fueron armadores, poetas, periodistas, militares y agricultores en la Araucanía.

La nítida personalidad de Campos Harriet fue el fiel reflejo de esas uniones, reproduciéndose en él varias de las vocaciones y sensibilidades de sus antepasados.

Alumno del Colegio de los Sagrados Corazones de Concepción y, luego, de la Facultad de Derecho de la Universidad de Concepción, en la cual fundó en 1950 la cátedra de Historia Constitucional de Chile, fue una personalidad relevante en la sociedad penquista del segundo tercio del siglo XX, orientándose muy prontamente hacia el cumplimiento de su vocación por los estudios históricos. El conocimiento de éstos y su disposición afectiva le merecieron, por el derecho de su vocación y de sus obras, el título de Historiador de Concepción. La extraordinaria importancia social y política de la antigua metrópoli del sur y su transcurso hacia una sociedad contemporánea encontraron en el distinguido académico un cultor decidido y prolífico.

Es por eso que si una sola cosa pudiera decirse en su recuerdo sería que recuperó para Concepción su memoria histórica. También debe tenerse presente que la profunda y ancestral vinculación que don Fernando Campos tuvo respecto de Concepción nunca se interrumpió, ni siquiera por su traslado a Santiago. Al contrario, prácticamente desde aquí escribió toda su obra penopolitana.

Las obras de Campos Harriet sobre historia penquista, principalmente “Veleros Franceses en el Mar del Sur” (1964), “Fue Concepción la Capital del Reino de Chile”, Alonso de Ribera, Gobernador de Chile” (1966, 1973 y reeditado en 1999 como parte de la colección de Cuadernos del Bío-Bío), “Leyendas y Tradiciones Penquistas”(1974), “Los Defensores del Rey” (1977), “Funcionamiento de la Intendencia de Concepción” (Quito, 1980), “Fundaciones, Refundaciones y Traslado de Concepción del Nuevo Extremo en el Reino de Chile” (Buenos Aires, 1980), “ Amanecer de Concepción”, en colaboración con Enrique Boccaletti (1980); “El Concepción de Alonso de Ercilla” (1982), “Los Orígenes de la Medicina en Concepción”

(1984), "Concepción en la Primera Mitad del Siglo XX" (1985), "Semblanza del Dr. Virginio Gómez" (1985), "Concepción, Ayer, Hoy y Mañana" (1989), "La destitución del Gobernador Acuña y Cabrera en Concepción (1990), "La enseñanza en Concepción en el periodo hispánico" (1992), "Tomás de Roa y Alarcón y Diego Antonio Navarro Martín de Villodres, Obispos de Concepción", "Banquetes famosos en la historia de Concepción" (1993) y su confluencia en la "Historia de Concepción. 1550-1970", obra clásica con ya cuatro ediciones (la más reciente de 1989 y todas agotadas), llevan impresas los méritos de investigación concienzuda, precisa interpretación histórica y fina pluma. Condiciones éstas que siempre lo caracterizaron y que, por cierto, también se encuentran en sus trabajos de índole nacional como "La Vida Heroica de O'Higgins" (1947), "Don García Hurtado de Mendoza en la Historia Americana" (1969), "El Corregimiento, después Partido de Itata. 1660-1818" (1984), "Juan Martínez de Rozas, jurista de los finales del periodo indiano" (1984), "Mercedes de Tierras por Causas Remuneratorias de Servicios" (Méjico, 1992) y, sin duda, en la "Historia Constitucional de Chile" (1951, reeditada siete veces, la más reciente en 1997), y en centenares de otras publicaciones en Chile y el extranjero. En todas el autor cumplió con las reglas de oro del método histórico, la reunión de los testimonios, su crítica fundada y la reconstrucción de los hechos pertenecientes a la historia verdadera.

Ya en Santiago, pronto fue profesor de Historia Constitucional de Chile y de Historia del Derecho de la Universidad de Chile (1955-1972), miembro de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía y de la Academia Chilena de la Historia, que presidió entre los años 1984 y 1994, siendo a la vez presidente del Instituto de Chile, que reúne a todas las academias nacionales. Fue, asimismo, miembro de la Real Academia de la Historia de España y fundador del Instituto Internacional de Historia del Derecho Indiano. Por su extensa obra recibió el Premio Nacional de Historia en 1988, siendo también destacados sus méritos por los gobiernos de Chile y de España, recibiendo del Rey Juan Carlos de Borbón la Encomienda de Isabel La Católica (1978) a lo que se agregó su condición de Caballero de Honor y Devoción de la Soberana Orden de Malta.

Concepción tuvo también la oportunidad de distinguirlo. El Premio Atenea (1947), propuesto para aquél por don Enrique Molina G., y el Municipal (1977) precedieron su declaración como Hijo Ilustre de Concepción, título que le concedió la Municipalidad penquista en 1989. Anteriormente, la Sociedad de Historia de Concepción, a cuya fundación colaboró decisivamente, lo nombró como su Presidente Honorario.

Pero la que puede ser una extensísima relación de méritos y de obras -de un penquista que, desde la capital, dio prestigio y honor a su tierra no logra describir del todo al notable personaje que fue don Fernando Campos H. Lejos de ser un hombre envanecido por sus talentos poseyó con intensidad los dones de la generosidad, el espíritu de servicio y la sencillez. "De aspecto señorial y aire de patriarca", como se le recordara, le fue muy propio un espíritu cordial, afectuoso y siempre dispuesto a servir. No hubo quien se acercara a su sabiduría que no recibiera un aporte entusiasta y pertinente, reflejo de su gran vocación histórica. Es que su verdadera enseñanza estuvo reflejada en el clarísimo concepto por él manifestado: "Sin historia, la vida pierde sentido". Cristiano sin vacilaciones, supo también que hay más felicidad en servir que en ser servido.

De la ciudad de Concepción se sintió siempre hijo cercano y vecino activo. Año tras año volvía por sus lares y estrechaba su vinculación con académicos e instituciones. Las entidades penquistas, de todo orden, y particularmente sus Universidades, recibieron constantemente sus aportes. No es un detalle que su última visita, en octubre del año 2002, fue para atender a una actividad en que lo requirieron el Departamento de Ciencias Históricas y Sociales, la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Concepción y la Sociedad de Historia de Concepción. De edad avanzada, mantenía sin embargo el vigor, la sociabilidad y la amenidad que le eran consustanciales.

Tuvo entonces razón el Presidente de la Academia Chilena de la Historia cuando lo despidió señalando que don Fernando tenía mucho de caballero antiguo. Benévolo para quienes se acercaban a él, de exquisita cortesanía, el trato social era para él una manifestación de la paz y armonía que debe reinar entre los hombres. Por eso, junto a su fisonomía intelectual, debemos recordado como una personalidad moral de hermosos perfiles”.

Santiago, donde vivió por más de cincuenta años, así como particularmente la Región del Bio-Bio, las ciudades de Concepción y de Talcahuano, las universidades, los historiadores, sus numerosos alumnos y vecinos tenemos un deber de gratitud para con el profesor Campos Harriet, que va, en primer término, por recordar, difundir y proseguir su obra; y en otro, por rescatar su ejemplo orientador de categoría superior. Sin duda que los estudios superiores siempre contarán con su extenso aporte de investigación y síntesis. Así como los que le conocieron apreciarán los méritos de una personalidad generosa y amable. Así, bien pudo decir de sí mismo: “Doy gracias a Dios por una vida larga que me ha permitido labrar con alegría, con entusiasmo y tenacidad, en las disciplinas intelectuales que me son más queridas; por haberme dado paciencia para superar los escollos que siempre surgen en el camino; por haberme instado a superar las cimas de perfección a que todos aspiramos, consciente como estaba de mis insuficiencias y por haber aprendido a olvidar que por este camino nunca se encuentran riquezas materiales”.